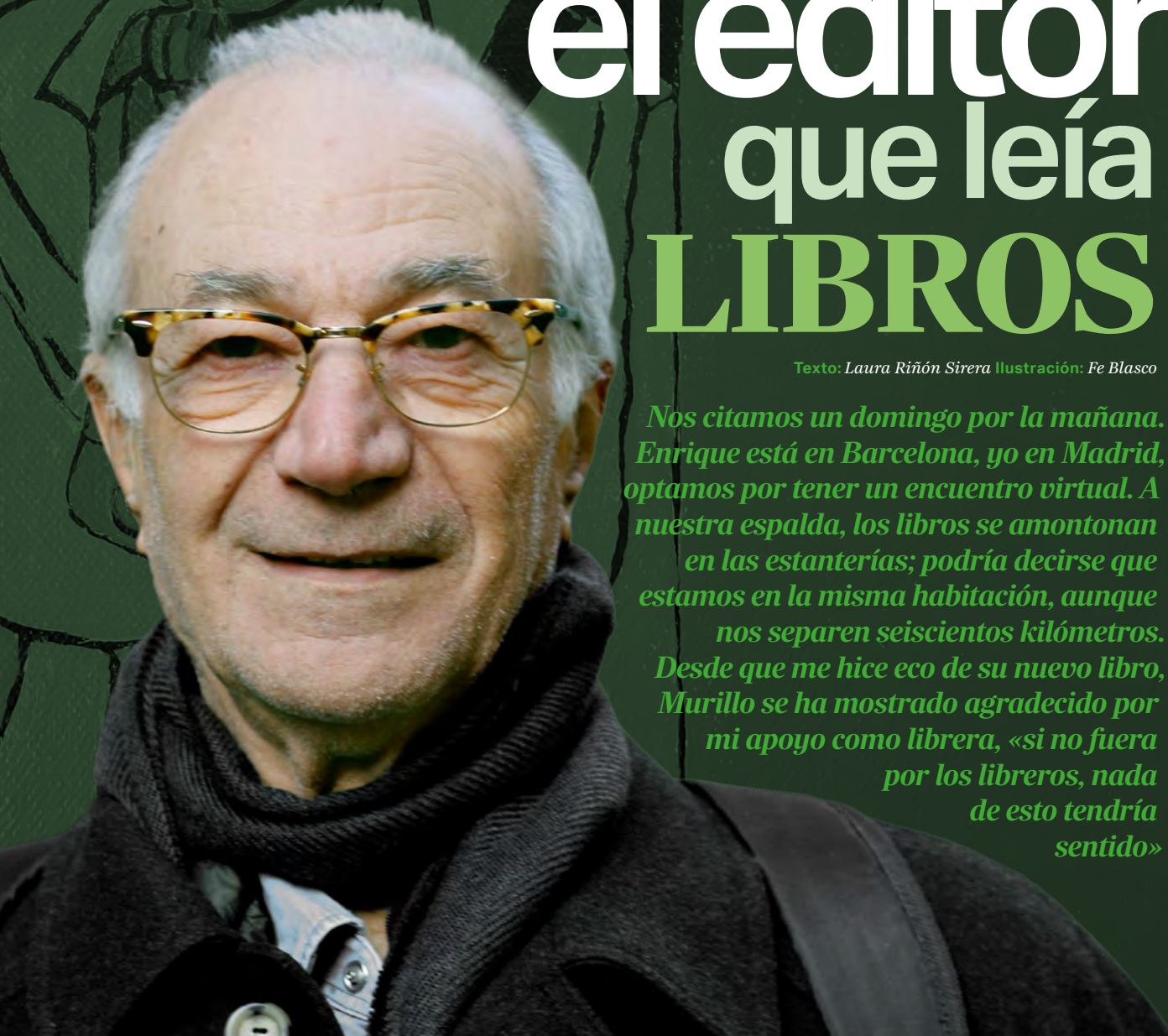


# Enrique Murillo, el editor que leía LIBROS

Texto: Laura Riñón Sirera Ilustración: Fe Blasco

*Nos citamos un domingo por la mañana. Enrique está en Barcelona, yo en Madrid, optamos por tener un encuentro virtual. A nuestra espalda, los libros se amontonan en las estanterías; podría decirse que estamos en la misma habitación, aunque nos separen seiscientos kilómetros. Desde que me hice eco de su nuevo libro, Murillo se ha mostrado agradecido por mi apoyo como librera, «si no fuera por los libreros, nada de esto tendría sentido»*



«¿Cómo estás?», pregunto. Y él responde hablando de su mujer y de cómo afronta el primer aniversario de su muerte. «Este libro iba a titularse *Mala memoria*», explica, «en parte, lo empecé a escribir porque mi mujer me decía que tenía mala memoria, en todos los sentidos». Alargamos la pausa en su recuerdo.

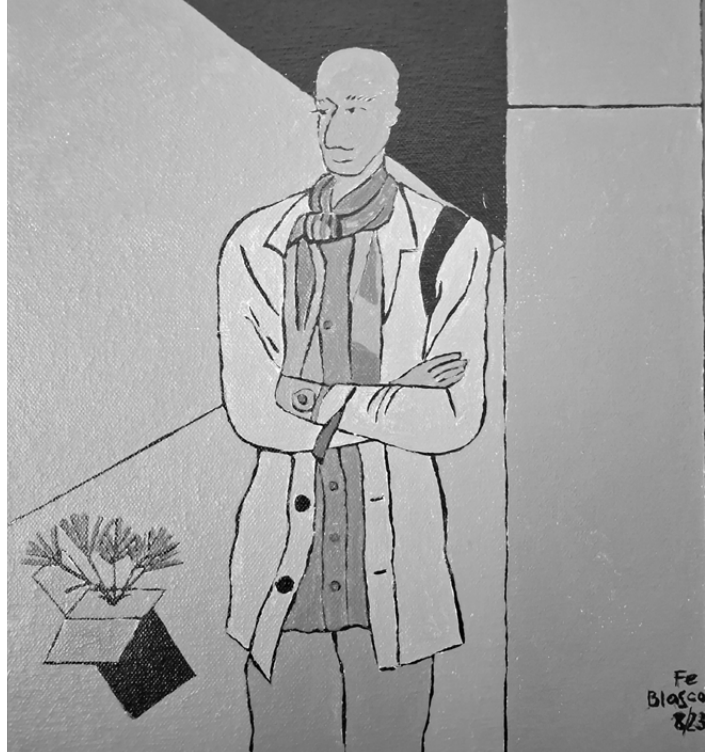
Acto seguido me cuenta todo lo que dejó fuera de un texto que tardó más tiempo en corregir que en escribir: *Personaje secundario. La oscura trastienda de la edición*. Manuel Ortuño, director de Trama editorial, supo del libro en el que Murillo estaba trabajando y viajó a Barcelona para ofrecerle publicarlo en su sello. «Me embarqué en esta locura. Creo que va a traer cola», me escribió Ortuño cuando compartí con él mi interés por leerlo.

¿Quién es Enrique Murillo? Lector, traductor, editor, periodista, escritor y profesor. Uno de los fundadores de la revista *Babelia*. Subdirector de *Vogue*. *Padre y viudo* de Fe Blasco. Sí, pero ¿quién es Enrique Murillo?

Todo comenzó en la década de los sesenta, cuando Murillo marchó a Londres para aprender inglés. Hablaba lo suficiente para no pasar hambre, servir hamburguesas y conversar con librerías en Charing Cross Road. Años después, sería el traductor de los autores que entonces empezaba a admirar. «Traduciendo a (Henry) James y a Conrad averigüé cómo y de qué asuntos quería escribir; supe cómo se podían encontrar ciertas historias traduciendo a Nabokov».

En la ciudad inglesa trabajó de cronista hasta que, por razones personales que él mismo relata en su libro, regresó a España. A los pocos meses, recibió la llamada de un amigo que le ofreció traducir una biografía de James Joyce. Aquel encargo le valió conocer a Jorge Herralde, amo y señor de Anagrama, y comenzar a trabajar para él. Sus conocimientos de literatura anglosajona —de la que hizo no pocas traducciones— le convirtieron en una de las voces más escuchadas por Herralde. La primera pregunta que este le hacía a la hora de valorar una publicación era: «¿Va a vender?». Una pregunta que Murillo escuchó en todas las editoriales por las que pasó: Plaza & Janés, Alfaguara y Planeta y que algo le enseñó para fundar la suya, Los Libros del Lince. Acerca de cómo fue despedido de todas ellas se sincera con todo lujo de detalles. Murillo cree que, para entender la industria editorial, es fundamental dejar los complejos a un lado y hablar de dinero: «Esto es algo que siempre les digo a mis alumnos del máster (de edición): una editorial debe encontrar el equilibrio entre el arte y el negocio», aclara.

Explica por qué decidió escribir un texto que bien podría haberse titulado *Confieso que he sido editor* y considera que su relato es necesario para que muchos entiendan cómo funciona *la oscura trastienda de la edición*. Murillo no se muestra optimista con el sector, aunque renuncia a abandonar «el bello trabajo de la edición». Describe un ecosistema en el que las editoriales nacen gracias a los ahorros invertidos por el editor entusiasta, las imprentas trabajan



veinticuatro horas al día y los *scouts* buscan a sus autores en las redes sociales. Tantos seguidores tienes, tanto vales.

Al margen de lo que algunos lectores puedan interpretar, este libro no es un ajuste de cuentas, sino la historia tal y como Murillo la vivió. Su memoria no pretende ser justa ni consigo mismo, y no disimula los errores cometidos a lo largo de sus ocho décadas de vida. Parece que si la literatura no está viviendo malos tiempos es porque esto no siempre va de literatura, va de otra cosa. Va del negocio de los libros, del dinero ganado tras cubrir los gastos de traducción, corrección, maquetación, edición y, por fin, la liquidación que percibe el autor, que, dicho sea de paso, no siempre escribe.

Uno de los capítulos más polémicos aborda precisamente ese tema: la falsificación en el pago de *royalties* a los autores, una práctica que —según Murillo— ha sido común en muchas editoriales. Este asunto, junto al de la verdad que hay detrás de los premios literarios, serán los que más atraigan a los lectores. Una farsa practicada en otros países: que le pregunten a Primo Levi, por lanzar los dardos más allá de nuestras fronteras.

Cada quién hablará de estas memorias como le plazca, esto es algo que el propio Murillo tiene muy claro. La verdad no se escribe a gusto de todos. Algunos manuscritos solo necesitan un editor valiente. Y Murillo encontró a Ortuño



## Personaje secundario

Enrique Murillo.  
Trama. 29 € (544 p)  
ISBN 978841399050332